

CAPÍTULO 10

“Defender a los animales no es defender causas perdidas”

Entrevista realizada por Estela M. Díaz y Núria Almiron

Resumen: En esta entrevista, conversamos con una abogada especializada en Derecho Animal y Derecho Ambiental, con una sólida trayectoria tanto en el ámbito privado como en el público. Pionera en la promoción de legislación para mejorar la situación de los animales en España y a nivel internacional, nuestra entrevistada ha trabajado en la redacción de normativas clave y en la defensa de los derechos de los animales ante diversas instituciones. En esta entrevista nos comparte su experiencia como defensora de los animales y ofrece su visión sobre el lobismo corporativo que presiona por mantener la explotación animal.

SOBRE EL MOVIMIENTO EN DEFENSA DE LOS ANIMALES NO HUMANOS

¿El derecho animal sigue siendo ejercido solo por una minoría de practicantes de la abogacía?

En efecto, defender a los animales se sigue considerando como algo secundario. Y, sin embargo, tiene las mismas exigencias y requiere la misma responsabilidad que cualquier otra área del derecho. A pesar de que a veces se nos define como “abogados de causas perdidas”, yo no me siento para nada así. No creo que esté defendiendo causas con pocas o nulas posibilidades de éxito, que es lo que se entiende por una causa perdida, sino que, por el contrario, mi trabajo trata de la defensa de valores e ideales que están en constante evolución y progreso, con lo cual no hay nada perdido.

¿Cómo defines a las organizaciones dedicadas a la defensa de los animales y qué las diferencia de otras organizaciones sociales?

Las organizaciones en defensa de los animales son entidades que se comprometen y centran su actividad en prevenir, mitigar o poner fin al sufrimiento de los animales

y a mejorar sus condiciones de vida y de muerte. Son entidades que velan por los intereses de un colectivo que no puede defenderse directamente en el plano social y político. Esto es lo que en mi opinión las diferencia principalmente de otras entidades activistas. Y al mismo tiempo, representan una creciente porción de la sociedad civil, aquella que no acepta el trato que se le da a los demás animales y el nivel de violencia sistemática que se perpetra contra ellos.

¿Es más difícil defender a los animales no humanos que a los seres humanos?

Sin duda. Como decía, estamos ante un colectivo que no puede defenderse a sí mismo. Es verdad que esto no sucede solo con los animales; esto también pasa con algunos colectivos humanos —como la infancia—. Pero en el imaginario colectivo, se suele pensar que la defensa de los animales es una tarea menor, una causa secundaria, frente a otras más “nobles” a las que se debería dedicar el tiempo y la energía. Sin embargo, muchas veces quienes piensan de esta manera ni siquiera son capaces de comprometerse con esas otras causas que consideran tan valiosas. Además, aunque el sufrimiento animal a veces es evidente o explícito, en otras ocasiones no lo es tanto. También nos enfrentamos a la crítica de que humanizamos a los animales, pero esto no es cierto. No buscamos otorgarles los mismos derechos que tienen los seres humanos, sino evitar que sean tratados como meros objetos o mercancías, y asegurarles un trato que reconozca su cualidad de seres sintientes.

¿Quién financia la defensa de los animales?

Detrás del financiamiento de las organizaciones en defensa de los animales hay, ante todo, personas: ya sea en forma de colectivos organizados o de socios o donantes individuales. Todos ellos dan su apoyo económico para construir una sociedad más ética, justa y también más segura. A diferencia de las industrias que explotan animales, que pueden llegar a recibir un financiamiento gubernamental considerable, el apoyo económico de las instituciones públicas a las organizaciones en defensa de los animales es mínimo.

Por ejemplo, los grupos de presión de la industria ganadera intensiva han conseguido crear un sistema basado en subvenciones y exenciones adaptadas a sus intereses. Es decir, la industria no solo recibe dinero público de forma estructural, sino que está exenta de pagar por ciertos conceptos. Mientras que las subvenciones públicas que se convocan dirigidas a entidades de protección animal son muy puntuales. Solo se convocan esporádicamente para cubrir aquellos aspectos más esenciales, y principalmente para paliar las consecuencias de la propia acción humana. Es el caso de las subvenciones destinadas a refugios de perros y gatos, animales que terminan en estos espacios debido a la falta de políticas públicas, la escasa promoción pública destinada a concienciación, la falta de control o la proliferación de criaderos, entre

otros factores. Muchas veces estos problemas son también causados por la propia administración pública, al no asumir sus obligaciones competenciales, que tienen que ser suplidas, en el caso de los animales de compañía, por protectoras de animales con sus propios medios.

A ello hay que sumar que la industria que explota a los animales cuenta con una capacidad promocional propia enorme, destinando grandes sumas de dinero a mejorar su imagen y desarrollar campañas de marketing (a veces manipulando contenidos) que les permiten mantener o aumentar sus beneficios.

¿Qué opinas de la crítica del complejo industrial animal que sostiene que los defensores de los animales actúan por interés económico y, en realidad, promueven una industria animalista?

Entiendo que se refieren a las empresas que han surgido debido a la demanda de productos libres de explotación animal. Evidentemente estas empresas tienen una clara finalidad económica también, pero hay que tener en cuenta que están proporcionando alternativas de origen no animal que sustituyen a los productos cárnicos o lácteos, lo cual es fundamental. Constituyen alternativas que permiten que los consumidores puedan ejercer su derecho a elegir libremente un producto u otro en función del impacto en los animales y en el medio ambiente.

¿Consideras adecuado referirse a la defensa de los animales en general como el “lobby animalista”?

Es cierto que el término “lobby” suele tener connotaciones negativas, ya que se asocia con el uso de tácticas desleales o agresivas. Los lobbies corporativos, en efecto, emplean este tipo de estrategias para ejercer presión sobre las instituciones públicas, buscando que hagan o dejen de hacer ciertas cosas. Y es verdad que el objetivo de estos lobbies es proteger los intereses económicos de las industrias que representan, lo que le da al concepto una carga negativa. Esto permitiría entender la expresión “lobby ético” que se escucha a veces con respecto a la defensa organizada de los animales.

Háblanos ahora de las estrategias que usan las organizaciones en defensa de los animales para ser influyentes.

Es importante combinar distintas estrategias para crear un impacto real y ser influyentes. El trabajo legislativo a nivel gubernamental se dirige a influir en la creación o modificación de las normas jurídicas para conseguir regulaciones más estrictas y va acompañado de investigación y evidencia científica. Para conseguir visibilizar que una norma actual o futura es perjudicial para los animales, y que

debe cambiarse, pueden ser efectivas las protestas (que siempre tienen que ser no violentas), que incluyen tanto activismo digital en redes sociales como en la calle. Las campañas de sensibilización y educación tienen por objetivo informar al público sobre la verdadera situación de los animales y, en ocasiones, la colaboración de figuras públicas consigue un impacto mayor porque llegan a audiencias más amplias.

Muchas organizaciones también tienen un departamento de incidencia corporativa que trabaja directamente con las empresas para promover cambios hacia prácticas más éticas. Esto incluye presionar a grandes cadenas de alimentos, fabricantes de cosméticos y empresas de moda para que adopten políticas más amigables con los animales, como abastecerse de huevos que provengan de gallinas criadas sin jaulas o evitar experimentos en animales.

Otra estrategia, que se consigue como consecuencia de todo lo anterior, es que las administraciones públicas también adopten compromisos con respecto a su consumo. Por ejemplo, en el restaurante del Congreso de los Diputados ya hay una opción vegana. Conseguir que todas las administraciones públicas, todos los organismos públicos, todos los centros hospitalarios, escuelas, prisiones, etc. alcancen este tipo de compromiso es muy importante.

SOBRE LA PRESIÓN CORPORATIVA A FAVOR DE LA EXPLOTACIÓN ANIMAL

¿A qué nos referimos cuando hablamos de lobbies corporativos?

El ejercicio del lobby corporativo puede ejercerse de distintos modos. Por un lado, están los máximos representantes del sector, generalmente agrupados en una única entidad o asociación, que acuden a los políticos para defender y promover sus intereses. Por otro lado, existe el lobista profesional, personas muy especializadas que trabajan para la industria, poseen un alto nivel de negociación y un profundo conocimiento del sector. Todos ellos suelen presentarse como defensores de los intereses generales, pero en realidad solo representan a unos intereses concretos.

¿Cuál es la principal consecuencia de la existencia de grupos de interés a favor de la explotación animal?

En primer lugar, la existencia de los grupos de interés que defienden la explotación animal de la industria garantiza la continuidad del actual sistema de explotación animal, protege sus intereses económicos y, sobre todo, garantiza que el bienestar animal quede siempre en un segundo plano, subordinado a otros factores.

En segundo lugar, la existencia de estos lobbies frena cualquier progreso de carácter científico o social, porque niegan los avances científicos y sociales y anteponen los beneficios socioeconómicos de la producción al bienestar animal y a la triple crisis planetaria (contaminación, biodiversidad, cambio climático).

¿Cuáles son las principales estrategias, en tu opinión, de los lobbies a favor de la explotación animal?

Por un lado, es muy común que las industrias recuerden constantemente a las administraciones públicas su impacto económico: en el empleo, en el PIB nacional, en la riqueza en general. Aunque no siempre dicen la verdad al respecto. En julio de 2013, por ejemplo, cuando se celebraron las comparecencias en el congreso para la Proposición de Ley de Regulación de la Tauromaquia como Patrimonio Cultural, se afirmó que la industria taurina contribuía con un 2% al PIB español, cosa que no es cierta y que incluso el representante del sector taurino tuvo que salir a desmentir.

Por otro lado, la desinformación es una estrategia habitual para difundir información inexacta o sesgada. En esta línea, una táctica habitual es la captación de expertos. Un caso claro fue la Declaración de Dublín en 2023, firmada por un centenar de científicos que daban su apoyo a la producción y el consumo de carne. Luego se supo que esta iniciativa había sido impulsada por la industria y que la mayoría de los científicos firmantes tenían vínculos con la misma. Pero esto no es una excepción. Cuando algo amenaza al consumo y al negocio, estas acciones son comunes.

En otros casos la estrategia simplemente es conseguir que desaparezca aquello que les supone una amenaza. Por ejemplo, en 2021, la Comisión Europea se comprometió a actualizar la legislación de bienestar animal sobre cría de animales en granjas, transporte y muerte, que incluía por ejemplo poner fin a la matanza de pollitos macho de un día en la producción de huevos (estos pollitos nacen en una industria que no les otorga ningún valor económico, por no ser hembras, y simplemente se eliminan mediante el sistema de trituración). Este decisivo paso formaba parte del compromiso adoptado después de que la Iniciativa Europea Ciudadana *End The Cage* consiguiera recabar los apoyos necesarios, pero debido a la presión de la industria estos compromisos desaparecieron de la agenda de la Comisión Europea a la hora de definir acciones específicas y un calendario asociado. Algunos eurodiputados afirmaron que nunca antes se habían encontrado con tácticas tan intimidatorias como las que ejerció la industria en ese momento para frenar ese cambio, a pesar de las conclusiones de los dictámenes científicos de la Agencia Europea de Seguridad Alimentaria (EFSA). La industria afirmaba que estos dictámenes entraban en conflicto con la realidad (es decir, con sus prácticas, lógicamente).

También está la estrategia de la dilación. Frente a peticiones como la de la EFSA, basadas en evidencias científicas, la industria afirma que estos estudios no son relevantes, o que hay que realizar más estudios, o que no se pueden tomar decisiones aún. Y así se alarga la toma de decisiones indefinidamente. En muchas otras ocasiones, para que no entre en vigor una normativa o para demorar más el plazo de actualización de ciertas medidas de bienestar animal, se ejerce presión para frenar su entrada en vigor o simplemente para conseguir una parálisis porque dichas medidas comprometen la capacidad de producción de la industria. A veces, la administración pública acepta las peticiones de la industria y las disfraza de medidas de flexibilización burocrática, cuando en realidad son auténticas concesiones a la industria con un fuerte impacto sobre los animales.

También está el argumento del supuesto coste excesivo del bienestar animal y la amenaza de trasladar este coste al consumidor; una estrategia efectiva para conseguir la inactividad política.

Por último, una táctica de manipulación muy poderosa, y que es de esperar desaparezca a medida que entren en vigor directivas europeas, es el *humane washing*. Esta táctica es utilizada por la industria (por ejemplo, en la cadena alimentaria, en el entretenimiento o en la confección de pieles) como ventaja competitiva aprovechándose de la sensibilidad social. Se traslada a la sociedad el mensaje de que los animales están bien tratados según certifican sellos creados por la propia industria o afirmaciones engañosas (ej. *máximo confort animal*). Lo peor de esta táctica es que al falsear compromisos éticos, retrasan el progreso real.

¿Por qué la clase política cede ante la presión de la industria?

La industria ejerce una poderosa influencia sobre los legisladores, los medios de comunicación, las instituciones financieras y la sociedad en general. Esta influencia se manifiesta en la inclusión en la legislación de parámetros dictados por los lobbies corporativos para favorecer sus intereses, en la aplicación de moratorias excesiva para la entrada en vigor de nuevas normativas, o, directamente, en el bloqueo legislativo, ya sea paralizando tramitaciones iniciadas o incumpliendo los compromisos de mejorar o actualizar la legislación sobre bienestar animal. Asimismo, en demasiadas ocasiones, cuando está a punto de lograrse un avance legal o incluso después de haberlo alcanzado, y al acercarse el plazo para la adaptación del sector, la industria exige un nuevo cambio en la legislación para preservar su capacidad productiva. Finalmente, la administración suele ceder ante estas demandas, bajo supuestas medidas de flexibilización y reducción de la carga burocrática.

Por otro lado, la industria juega en todos los niveles. En España, la industria afirma que no deben hacerse más cambios mientras no vengan de Europa, al mismo

tiempo que hacen lobby a nivel europeo, en alianza con el resto de los lobbies de otros países, para frenar cualquier posible cambio que venga de Europa. O, peor aún, provoca cambios que luego usa como pretexto. Por ejemplo, los productores de *foi-gras* franceses consiguieron en los años 90 introducir en la regulación sobre alimentación forzada de aves la incorporación de pesos mínimos de los hígados de patos y ocas para definir lo que es un hígado graso. Actualmente estos mismos productores se amparan en estos pesos para justificar alimentar a los animales a la fuerza, pues de otro modo no se conseguiría alcanzar esos pesos.

Esta capacidad de influencia y habilidad para manipular de la industria, junto a su poder económico, combinado con la falta de sensibilidad por parte de la clase política, explica por qué los políticos ceden ante lo que pide la industria.

Y a pesar de ello, algunos todavía critican a la legislación por humanizar a los animales...

Sí, se inventan teorías sobre el riesgo de humanizar a los animales que, aunque no de forma generalizada, son repetidas por algunas formaciones políticas ultra-conservadoras. Es una forma de desviar y obstruir cualquier debate verdadero sobre la sostenibilidad, la ética y el bienestar animal.

Por ejemplo, hace 12 años se obligó, por aplicación de una Directiva europea, a sustituir las “jaulas en batería” por las jaulas denominadas “acondicionadas” para la cría de las gallinas denominadas ponedoras. Estas jaulas supusieron una mejora absolutamente marginal, las gallinas siguen viviendo durante al menos dos años sobre superficie de alambre sin poder extender las alas ni ver la luz del sol. Pero la industria se encargó de presentarlo como un hito y prueba de la adaptación del sector. Afirma que la normativa obligó a tirar todas las jaulas viejas y comprar nuevas, una inversión económica que ahora las empresas no están dispuestas a repetir después de la supuesta mejora en el confort ya alcanzada. Sin embargo, esto no hace más que desviar la atención y bloquear la necesaria transición y reconversión hacia un sistema de cría de gallinas sin jaulas que ya es una realidad en muchos países de la Unión Europea, aunque incluso esto solo represente un paso parcial.

¿Cuál dirías que es la industria basada en la explotación animal con mayor capacidad de influencia?

Quizás la industria de la alimentación. En primer lugar, esta industria se ha encargado de transmitir la idea de que comer animales es absolutamente necesario para sobrevivir y que son la única solución para alimentar a la creciente población humana. Además, se trata de un complejo industrial enorme, que incluye no solo los criadores de animales, también a los productores de pienso que los alimenta; a

las empresas de logística, que hacen el transporte y distribución; etc. Se trata de un entramado enorme de intereses económicos.

Las otras industrias pueden ser también económicamente muy potentes, pero no todas pueden presentarse como tan (supuestamente) esenciales. Quizás la industria de la experimentación pueda hacerlo, pero no la del entretenimiento o la de las pieles para vestimenta. Esto no significa, por supuesto, que la industria alimentaria basada en animales sea indispensable, ya que hace años que hay alternativas a los productos cárnicos, lácteos y huevos, más sostenibles y saludables.

SOBRE LOS DESAFIOS QUE DEBILITAN LA INFLUENCIA DE LA INDUSTRIA

¿Qué crees que es lo que más preocupa a la industria basada en animales con respecto a su capacidad de influencia?

El lobby a favor de la explotación animal se enfrenta a una presión cada vez mayor por parte de grupos organizados de la sociedad civil que defienden a los animales, con el respaldo de operadores jurídicos y otros profesionales que alzan su voz contra de la violencia hacia los animales, incluyendo instituciones académicas y medios de comunicación. Esto no puede ser ignorado por las formaciones políticas, que deben conciliar esta creciente concienciación con su agenda política tradicional, desafiando así al *statu quo*.

Gracias a esta mayor concienciación, algunas formaciones políticas hace años que escuchan a la ciudadanía y hemos visto muchos avances, también a nivel jurídico, con un sistema legal que hoy en día reconoce que los animales son seres sintientes, lo que tiene consecuencias. Todo esto no solo genera preocupación a la industria, sino que también la va dejando sin argumentos, al tiempo que empieza a usar ahora nuevas estrategias, como la antes mencionada humanización de los animales, una distracción para no discutir lo importante: la sintiencia, la capacidad de sentir de los animales explotados.

¿Crees que estos desafíos permitirán avanzar más en defensa de los animales?

La industria, por supuesto, se siente amenazada, ya que en las últimas décadas ha habido un cambio trascendental en la percepción social, lo que ha impulsado reformas legislativas muy importantes. Algunos de estos cambios son difíciles de revertir. Sin embargo, a nivel global y, también en el ámbito político, están surgiendo y ganando fuerza discursos que niegan el sufrimiento animal, lo que dificulta el avance del bienestar animal. También se están abriendo paso propuestas regresivas, como la discusión sobre la desprotección del lobo.

Otra de las estrategias empleadas por los lobbies es equiparar la actividad ganadera con la identidad de la España rural, utilizando el argumento de que cualquier medida propuesta supone un ataque al campo y a la lucha contra la despoblación rural. El sector promueve la idea de que la ganadería desempeña un papel clave en las zonas rurales y en la economía local. Además, se victimiza, alegando que la imagen negativa que se proyecta de los ganaderos y de las condiciones de los animales en las granjas está distorsionada.

Todo ello me lleva a pensar que estamos atravesando una fase de retroceso, que, sin embargo, irá seguida de una nueva etapa de avances que, esta vez, ya no podrán deshacerse.

Con respecto a los animales silvestres, ¿qué puedes compartirnos de tu experiencia asistiendo durante tantos años a la Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres (CITES)?

CITES es un foro internacional donde se toman decisiones sobre el comercio y la conservación de los animales de fauna salvaje que están amenazados. En principio, su existencia es positiva, ya que el comercio de animales vivos o de partes de ellos es una realidad, y CITES intenta establecer cierta regulación y control para garantizar la supervivencia de las especies. En este sentido, la existencia de CITES tiene sentido.

Sin embargo, las decisiones que se toman en este foro no siempre se basan en la ciencia ni en una conservación efectiva de las especies, y mucho menos en la protección de los animales a nivel individual. A menudo, las discusiones están más influenciadas por intereses comerciales que por el bienestar animal. Además, la demanda de los productos que CITES regula es completamente innecesaria. Hablamos de trofeos de caza, animales capturados para ser utilizados como adornos, alimentos de lujo como el caviar, intercambios de animales entre zoológicos y circos, o animales exóticos utilizados como mascotas. También se incluyen partes de animales empleadas con fines pseudocientíficos o como afrodisíacos.

Es positivo que CITES permita que participen en las discusiones las organizaciones no gubernamentales dedicadas a la conservación y protección de los animales. No obstante, este foro también facilita la presencia de organizaciones con fines empresariales que afirman actuar como defensoras de la biodiversidad. Esto incluye a lobbies de parques zoológicos y acuarios, cazadores e incluso algunas asociaciones medioambientales que sostienen que la industria de los trofeos de caza de animales en peligro de extinción, como osos polares o leones, puede ser útil para financiar la lucha contra la caza furtiva de esas mismas especies. Esto genera la paradoja de justificar matar para proteger.

Y es que en los grupos de trabajo pueden participar todas las partes. Pongamos, por caso, que un país propone estudiar el impacto de la industria de los peces ornamentales. En la comisión de trabajo correspondiente, podrán estar las organizaciones preocupadas por controlar o incluso acabar con esta práctica, pero también estarán los países consumidores y, por supuesto, las industrias involucradas en la captura y venta de los peces.

El trabajo principal de CITES es discutir cómo clasificar las especies según su estado en la naturaleza y el grado de peligro de extinción que enfrentan. Si una especie se incluye en el Anexo I, significa que su comercio queda prohibido, lo que podría ser una medida clave para salvar especies como los elefantes, protegiéndolos de la extinción al detener el comercio de marfil. Actualmente, algunos países del sur de África están presionando intensamente en estos foros para que se les permita vender sus reservas de marfil, valoradas en 1.000 millones de dólares, con el argumento de que dichos ingresos se destinarían a paliar la pobreza en la región. Sin embargo, esta medida podría ser fatal para la supervivencia de los elefantes, ya que estimularía la demanda y facilitaría la proliferación del mercado negro de marfil.

También es importante saber que los principales actores en CITES son los países firmantes, que no siempre acuden con el objetivo de frenar el comercio, sino de proteger sus propios intereses. Algunos países muestran una verdadera sensibilidad hacia la protección de las especies y están dispuestos a aumentar su nivel de conservación, mientras que otros priorizan intereses económicos que les permitan seguir explotando a los animales.

En este contexto, es común el intercambio de votos: por ejemplo, un país puede votar a favor de proteger a los tiburones a cambio de que otro vote para proteger a los elefantes. Esta práctica es especialmente frecuente entre los países más grandes, que buscan asegurar el voto de países más pequeños. Un ejemplo claro es Japón, que ha logrado mantener la caza de ballenas gracias a este tipo de acuerdos políticos, especialmente cuando las reuniones de CITES y de la Comisión Ballenera Internacional son cercanas en el tiempo.

Entonces, CITES ¿es un centro de ejercicio de lobby estatal, e indirectamente corporativo, de primer nivel?

Por supuesto. Esto no significa que no existan espacios para la defensa de los animales, como mencionaba, pero esta defensa no es lo que prevalece.

En CITES es común encontrar a personas altamente capacitadas para ejercer lobby a nivel estatal. Una de las principales tareas de un lobista, por ejemplo, es facilitar el contacto entre países. Si Sudáfrica, como país vendedor de marfil, quiere

negociar con China, un país consumidor de marfil, un lobista se encarga de mediar para que ese encuentro tenga lugar. Y las formas y el modo en que se desarrollan estas negociaciones son clave. Existen tanto facilitadores, que organizan las reuniones y los contactos, como estrategas, que manejan y adaptan los argumentos según el interlocutor. Además, esta labor requiere una alta especialización, incluso por regiones. Por ejemplo, quien negocia con países de Oriente Medio debe conocer bien la región, hablar árabe y comprender la geopolítica y las causas que están llevando a la extinción de una especie.

En síntesis, las decisiones que se toman en CITES son una combinación de ciencia, intereses corporativos e intereses políticos. El bienestar animal no es la prioridad y cualquier argumento puede ser instrumentalizado para conseguir mantener desprotegida a una especie. Por ejemplo, en 2010 Estados Unidos hizo la propuesta de incluir al oso polar en el Apéndice I, lo que supondría la máxima protección y la prohibición total del comercio. Sin embargo, en la actualidad, el oso polar es cazado todavía por su piel, su grasa y como trofeo, bajo un sistema de cuotas de caza. Los países más interesados en seguir con la caza, como Canadá, lograron mantener al oso polar fuera de la protección con el argumento que la principal amenaza del oso polar no es la caza, sino el cambio climático y que el país proponente ni siquiera había sido capaz de ratificar los protocolos internacionales para luchar activamente contra el cambio climático. A esto se añade otro argumento antes mencionado: que algunas organizaciones conservacionistas creen además que la caza controlada evitará su desaparición.

REFLEXIONES FINALES

¿Qué aprendizajes crees que son clave para lograr avances en la defensa de los animales?

Principalmente que la protección animal es una preocupación global y se avanza de forma paulatina y gradual en cada territorio. Es decir, no sucederá todo al mismo tiempo ni en el mismo lugar, pero, con el tiempo, los resultados llegan. Por eso, es posible aprender de distintos contextos y replicar los éxitos alcanzados en una región en otros territorios, ya que el problema es, en esencia, global.

Al mismo tiempo, las alianzas internacionales pueden abordar problemas transnacionales como la caza furtiva o el tráfico de especies. También he aprendido que el éxito en la protección animal depende de un enfoque integral que involucre a todos los sectores de la sociedad: gobiernos, organizaciones, empresas, científicos e individuos.

Explicanos un caso.

Podemos tomar como ejemplo la “suelta de patos” en Roses (Girona), una actividad que consistía en soltar patos en el mar para que la gente los persiguiera, atrapara y sacara del agua. Fue fundamental trabajar de manera coordinada y sumar esfuerzos con otros profesionales, como los veterinarios.

En este caso, participaron comisiones del Colegio de la Abogacía de distintas partes de Cataluña, a pesar de que el conflicto se concentraba en una única localidad, y se abordó el problema desde distintos frentes. Hubo una denuncia administrativa muy clara, ya que una persona utilizó un pato para agredir al cámara que estaba grabando el espectáculo, y esto quedó registrado en video.

Además de la denuncia administrativa, se lanzó una campaña en Change.org que recogió firmas de personas de todo el mundo. Fue impresionante ver cómo logramos unirnos y movilizar a tanta gente. Paralelamente, presentamos múltiples instancias solicitando identificar a la persona responsable, conocer las actuaciones policiales y obtener detalles sobre la autorización, la trazabilidad y el destino de los animales —una serie de cuestiones que la misma administración desconocía—. Al no obtener respuestas claras, quedó en evidencia que las autoridades estaban desprotegidas ante el problema.

Ante esta situación, iniciamos una ronda de encuentros con los grupos municipales para presionar por el fin de esta práctica. Después de meses de reuniones presenciales con todas las formaciones políticas, se llevó a cabo la votación. La decisión fue reñida (hubo un empate y se tuvo que repetir la votación), pero, finalmente, se decidió poner fin a la tradición, justo un año antes de que se cumpliera el centenario de la primera suelta de patos. Ese mismo agosto, en lugar de la suelta de patos, instalaron un pato gigante con un tobogán dentro del mar, que tuvo un gran éxito.

¿Crees que regular mejor el ejercicio de los lobbies en España cambiaría algo?

Sí, aportaría más transparencia. Cuando nos preguntamos qué hay detrás de las situaciones de bloqueo o retroceso, la respuesta suele ser encuentros entre la industria y la Administración que no se hacen públicos. Por ejemplo, deberían publicarse los actos preparatorios de las leyes que han sido influenciados por los argumentos del sector.

Ahora bien, cualquier regulación del ejercicio de los lobbies conlleva el riesgo de que los más poderosos (que explotan animales) influyan en la creación de estas normas, asegurándose de que la regulación les favorezca a ellos a costa de los

intereses públicos. Esto ya ha sucedido a nivel europeo, donde, en lugar de generar un equilibrio, la regulación ha aumentado la influencia de estos grupos, otorgándoles una mayor legitimidad en el proceso político.

Aunque las políticas y regulaciones son fundamentales para lograr cambios duraderos para los animales, el verdadero cambio también debe surgir desde la sociedad, tanto a nivel colectivo como individual, a través de nuestras decisiones de consumo y comportamiento. Es crucial que, como individuos, tomemos conciencia y abandonemos prácticas que contribuyen a la explotación animal. Como consumidores, nuestras decisiones cotidianas pueden influir directamente, en las políticas públicas y en las prácticas empresariales, impulsando un mayor respeto y protección para los animales.